



Los Aguilera ¿realizan la ficción o ficcionan la realidad? Tal vez ambas cosas, porque en esta colección de cuentos se atisba entre lo literario un panorama intimista que nos abre la puerta para descubrir el mundo sotaventino. En ese mundo personal, a veces idílico, otras tantas desgarrador; convergen los personajes de la vida familiar: la abuela, convertida en una especie de matrona y sabia; el padre, arrebatado por la desgracia; la madre, depositaria del amor y los valores más altos de la pléyade fraterna que se come a puños el pan de la orfandad.

Están por supuesto, los traspacios comunes, los vecindarios del pueblo con sus mitos y sus personajes; la jerga brava de los cortadores de caña, los espacios lúdicos del fandango donde se baila, se versa y se canta por la simple razón de participar de la fiesta comunitaria.

Se descubren entre líneas, las simpatías múltiples, las nacidas del contrapunto donde la palabra se hace verso y las adoptadas por el pensamiento, donde los amigos caen abatidos en emboscadas ominosas.

Pero sobre todo, está presente ese aire de familia, de quehacer colectivo donde cada cual es un canto rodado que se compacta en la argamasa de paredes de calicanto para cobijar los sueños de la prole. Por ello podemos decir, gracias Samuel, por abrirnos la puerta de tu casa y compartir este río de historias junto al calor del hogar.

ISBN: 970-35-1024-8

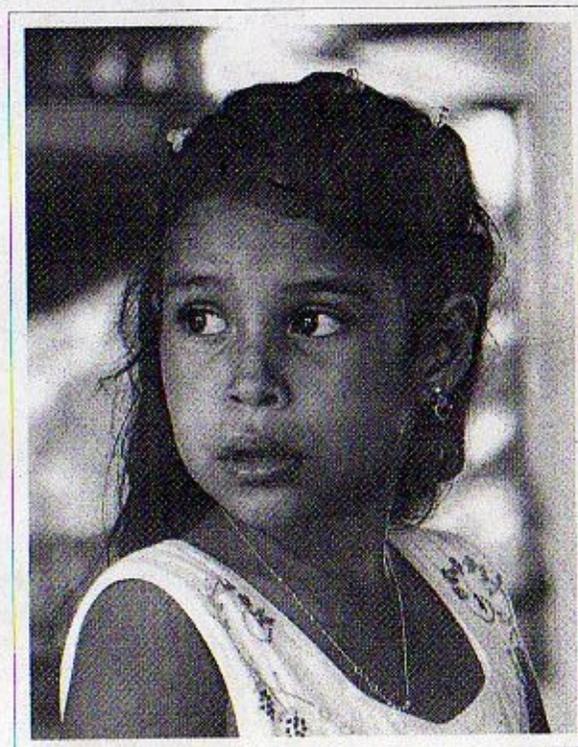
José Samuel Aguilera Vázquez

Y qué tal si no HISTORIAS DEL SOTAVENTO

Y qué tal si no

HISTORIAS DEL SOTAVENTO

José Samuel Aguilera Vázquez



¡Anda, Lázaro Patricio!



CÓMO NO, SEÑORITA; yo se la cuento, como la vi con estos ojos que se han de comer los gusanos. Contaba los doce y haga de cuenta que lo vuelvo a ver... ¡Cómo no!... Lázaro... como los muertos... y todo por un verso;

“Anda Lázaro Patricio
tu mujer es muy bonita
acostadita en la cama
parece una palomita...”

Fue un catorce de mayo, víspera de San Isidro Labrador en una finca cafetalera que se llamaba San Isidro Cacahuatal y que ya nomás le dicen “El Cacahuatal”.

La finca se pondera cerca de Córdoba, entre Amatlán de los Reyes y San Lorenzo de los Negros ¿Sabe usted que le quitaron su santo nombre y le dejaron nombre de pecador? Ora le apelativan Yanga, como si no supiéramos que se le renegó a la santa religión de aquellos años, pero, pos... los judíos de la capital tienen más juerza que nosotros, hasta masones dicen que son... Pero cosas que no vi pa' que las refiero ¿No cree?

Como le digo, no recuerdo bien el año pero del treinta no pasa porque mi papá mentaba mucho al general Tejada y la bulla del reparto de las haciendas.

Cayó en sábado la celebración del santo patrono. Desde viernes por la noche pagaron los patronos el corte de café y la zafra de la caña. Ganábamos una peseta por

día y a veces el tostón según la metiera candela. Buen dinero, suficiente pa' mercar la cal, velas, maicito... Muy de mañana llegó de San Lorenzo el padrecito para oficiarnos la misa. Como eran épocas difíciles se lo trajeron los patronos a escondidas por San José del Corral y de allí por La Palma hasta El Cacahuatal. A caballo, señorita, porque la carreta la conocían los rebeldes y para qué quiere pleito el que es de paz. Después de la misa del señor se dio la bendición de la yuntada; gente de onde quiera trajo su yuntita para la bendición; caballos, cuinos, perros, gallinas y todas las semillas del campo; pipián, chompipe, calabaza, chayote, frijolito, maíz, ayocote, cacao, café, cacahuate, chile.

Como el padre no venía seguido, la gente aprovechó pa' bautizar y pa' confirmar y hasta hubo casamiento. En cuanto aminoró la bendición los patronos ordenaron la comida en los corredores de la finca, unos galerones de teja con piso de ladrillo bien regadito hasta el patio. El agua se tenía por abundancia, fresca y limpia de los pozos y si no, del río en el Paso de los Lagartos, un puente de piedra de calicanto con un cocodrilo en cada esquina reluciendo la lengua de fierro y los colmillos alevantaos. ¿Qué no la estoy aburriendo?... bueno como usted mande... ya le digo... Hoy nomás quedan los paderones y los espantos de los difuntos que salen en las noches a reclamar lo que les deben.

¡Oiga, y ese día que se junta la gente de los adrededores!... De los ranchos vecinos llegó el rosario de familias; de "La Concepción", "Venta Parada", "San Antonio", "La Guadalupe" y hasta de "San José del Corral" vinieron los cristianos. Gente ya mayor, porque con la muchachada de

San José se traían pleitos por la pretensión de las muchachas. Ese día tuvimos carreras de caballos y kermés pa' socorrer a las obras de la capilla. A media tarde los patronos soltaron unas vaquillas como acostumbraban los gachupines y nos dimos vida capoteándolas. Esa era nuestra diversión; perseguirlas pa' jalarlas de la cola y cuando se te venían encima, ¡córrele! Porque te arremangan o te aporrean un hueso. Había cuetes y toros de tronar, arreglao que era fiesta y pa' eso era, pa' tronar manque mañana ya nomás nos quedaran los recuerdos y alguna costilla testereada.

Las marimbas con la tecomatera en la panza y los serranos nomás hormigueando de las manos con el pasodoble y los corridos; las bandas de viento tehuacaneras, ¡que cosa mas bonita con sus marchas melitares y el valse de los saxofones! Ora sobre la tarima: una nube de bailadoras como si fueran rositas de abril en el punto del botón, si hasta yo que era chamaco me gustaba verlas con sus crinolinas y sus tafetanes, con sus aretes de oro y sus trenzotas negras negras, hasta la cintura, señorita; hasta abajo, mujeres; mujeres de la tierra, morenas con el pelo chino y los dientes blancos blancos y relucientes como lunas afiladas soltando la puñalada de la risa. Porque la indita es seria pero la negra no; esa se tira sus carcajadas y nomás se les ve blanquear la dentadura igual que relámpagos en el aguacero de los ojos que los tienen prietos como la noche. Y los músicos, toca y toca con sus violines. Había un señor negro, alto, bien parecido; Alfonso Martínez se llamaba, pariente de Juanrodríguez de la finca de San Joaquín. Don Alfonso era labriego y de ratos

arpista y jaranero. Rejuntaba con unos muchachos de apellido Virgenblanco oriundos de Mateclara y se preciaban de sostenerse veinte noches parrandeando... Tocaban *La bamba*, *Los chiles*, *El zamuro*, *El zopilote* y otros jarabes de tierra caliente que les aprendieron a los arrieros de los patrones.

Esa tarde comenzaron a prender la lumbre en la tarima con el famoso *Jarabe de pan* y hasta yo que andaba sin zapatos me paraba en una lajita a cepillar, porque cuando los músicos están canturreando, las bailadoras acepillan y ya cuando se acaba la copla, se descoyunta el zapateo.

—¡Loco! —me gritaba la gente de razón.

—¡Déjenlo, tiene corazón y le gusta la bullanga —reclamaba don Alfonso.

Así le cuento; el zapateo es de repique o de mudanza; a contrapunto o al parejo; a contradanza o valseao, según se estile.

A esa noche que platico la vide llegar acalorada, como si todas las lumbres de las quemazones se le vinieran de filo a la montaña. Se oscureció de pronto como si la luz jugara a la covacha con un sombrero de truco. No supimos naiden como llegó la noche, naiden, menos yo que si la vide venir arrecostao como estaba mirando pa'l huapango desde el atrio de la iglesia, arretumbao de tanto corretiar a las vaquillas.

El aire tenía sabor a jazmines porque todo el mujerero traiba flores en la cabeza y aceite de peinar, que también lo facturan con aromas y se compra en el mercado por cuartillo si lo manda.

En el huapango estaba tocando el violín un hombre de Amatlán de los Reyes; Lázaropatricio, bajito, pelo lacio, aindiao. ¿Usté sabe que al indio en vez de apellido le ponen el nombre del patrón? Por eso los indios tienen dos nombres, el suyo y el del patrón y aluego se les queda pa' que lo vayan heredando a la sangre que le sigue.

Pos digo, Lázaropatricio era pacífico, muy trabajador y bien alegre, y aunque no se carcajeaba como los negros, en los ojos se le veían los contentamientos. ¿Por qué los indios se reirán tan adentro de los ojos? ¿Usté lo sabe? Yo no.

La cosa es que al huapango llegaron tres fuereños, tres jarochos de a caballo que se dedicaban al arreo de bestia de carga en la ruta que rueda desde Córdoba hasta Tezonapa y de Tezonapa a Soyaltepec y de Soyaltepec al santuario de Otatitlán y quien sabe pa' cuantas lejanías llevarían su carga porque solo Dios conoce con qué fuerza se le tiene que socorrer a un arriero de camino.

Mi papá decía que los arrieros eran espías y que se aparentaban los dormidos pero que miraban debajo de los sombreros y por eso los traiban de hoyuelos con barbi-quejo y a cuatro pedradas el petate.

Eran jarochos de a caballo. No, la guayabera no se usaba; eso es nuevo, de gente acomodada; cubanos, tabacaleros o ganaderos de La Tinaja. El pantalón era charro y el paliacate rojo, colgao del cincho. En el cuello no se usaba sino en el cincho. Solo por temporada de frió un pañuelo tapaba las orejas y el otro se ocupaba en el pescezo.

Aquellos hombres jarochos —les dicen así porque eran de a caballo como los charros; arreadores de bestia y rezongones pa' los trabajos de laboreo— pidieron prestadas unas jaranas y sacaron el puntero que es una guitarra de cuatro cuerdas melodiosas y se soltaron a la cantada. ¡Verdá buena que casi le parejeaban a los morenos de por aquí, pero que va!... Al negro Martínez no hubo quien le tapara el monte y menos a Lázaro con el violín. Qué triste es el violín y el de Lázaro ponía a tristear hasta la negrada del huapango.

Una negra que se llamaba Paula y venía de vientre partero se soltó a llorar en puro verso de agua. Allí le conocimos a Paula esa gracia de la versada:

Ya no llores corazón
que me quiebras el decoro
ni me des explicación
que de todos modos lloro.

Y la gente con el bolón de lágrimas en el pescuezo; por cierto, que feo es un negro cuando llora ¿no lo ha visto? Ja ja ja ja.

Me pasaba decirle que los jarochos llevaban años pasando por el camino real y uno de ellos había sido pretendiente de Marugenia una muchacha clara y chaparrita que fue nacida del güero guillermo de San Francisco, avecindao en San José de Abajo —Miguelgallardovega se llamaba el arreador— pero esa muchacha que le digo ya se había matrimoniao con Lázaropatricio y hasta tenían sus criaturitas. El asunto fue que Miguel ya traiba varios tragos de refino y en un jarabe de mujeres entre las que

bailaba Marugenia, puso el pie por la tarimba y a sabiendas de que ya era mujer ajena, —pues traiba la flor en el lao derecho de la cabeza— le cantó.

Al llegar a este lugar
no soy un desconocido
yo la voy a saludar
con permiso del marido
me ha gustado respetar
a la que bien me ha querido.

La muchacha no dijo nada pero voltió a mirar a su marido. Lázaropatricio nomás bajó los ojos.

Siguió la música y volvió Miguel en la cantada:

Finca del Cacahuatal
dentre todas tan mentada...

Y los músicos, sin saber lo que tenían que coplear le repitieron en el coreo.

Dentre todos tan mentada
Finca del Cacahuatal...

Entonces descerrajó Miguel la irreverencia al santo momento que ya se alevantaba como el brinco de los tigres sobre la presa.

Ando buscando nidal
que sea de mujer casada
pa' ver si puedo empollar
temprano de madrugada.

JOSÉ SAMUEL AGUILERA VÁZQUEZ

Algunas mujeres hicieron la invención de bajarse de la tarimba por la impertinencia del cantador pero Gumersindoaquino, un mulato jaranero apretó la voz y le dio contestación pa' salvar el paso:

Señores no había cantado
porque les tenía vergüenza
por aquí es acostumbrado
coplear con buena prudencia
y al cantar improvisado
primero pedir licencia.

De vuelta la intención de dejar la tarimba pero como no se puede hacer movimiento durante la copleada, sabedor de la regla se les adelantó Miguel:

De tierra caliente vengo
no conozco la fatiga
en el aire me sostengo
como del aire la hormiga
la licencia ya la tengo
porque me la dio el de arriba.

En ese trance Alfonsomartínez dio movimiento pa' terminar el jarabe y al grito de ¡a la una! se dan el cerrón.

Las mujeres quedaron sin más qué decir, amarillas como la cera y empezaron a bajar cada cual de la tarimba. Cuando se iba bajando Marugenia le dijo Miguel a boquejarro:

Entre las olas del mar
vivo por ti distraído

Y QUÉ TAL SI NO

no se me puede olvidar
que bastante te he querido
y por falta de lugar
no te vengo a ver seguido.

La muchachita voltió pa' ver a su marido pero Lázaro-patricio volvió a bajar los ojos y con la vista baja le hizo la seña de que se fuera pa' su casita. Entonces ella jaló sus chamaquitos y se retiró.

Con esta prudencia ya se pudo seguir la fiesta. Por un rato, Lázaropatricio dejó de tocar pero al cabo regresó con su violín y siguió chirriando. En un descanso del convite hicieron rodar un vaso de refino que es el estilo del Cahuatal y lo hicieron ofertar a los fuereños, y luego otro trago y otro y otro más sin mirarse los ojos pero sabiendo cada cual el panal que le toca capotear en las horas difíciles. Siguieron tocando y en una de esas, Miguel se le queda viendo a Lázaropatricio y de buenas a primeras le suelta el topetón:

Oye Lázaro Patricio
tu mujer es muy bonita
acostadita en la cama
parece una palomita.

El amateco no lo dejó acompletar la sextilla. Dejó de tocar y subió al tapexte. La negra Paula quiso atajarle la resolución pero Lázaro con un empellón arrojó por el suelo a la negrona, ¡y cuidao que tenía juerza la negra! fijese que parece questoy viendo el cuadro: la negra tirada en el suelo con las patas pa' arriba; Alfonsomartínez acom-

dando el arpa y Gumersindoquino dándole la jarana a su hijo Fidencio; los Blanco echando mano a la cintura y los jarochos, arrepegaos de espalda con los verduguillos en la mano; los candiles ardiendo su keroseno y el silencio total, sin cuetes ni jaranas; y en medio del silencio, Lázaro-patricio, el indio al que no le conocían la voz, vestido de blanco, con huaraches y una sonrisa en los ojos vidriosos, una sonrisa imborrable como nadie nunca se la había mirao. Allí le conocí la voz.

—¿Te gusta mi María...?

Miguel no supo que decir porque de seguro vio la muerte en los ojos de su muerte que era Lázaro-patricio.... Lázaro entendió que sí y voló el tranchete surcando la barriga de Miguelgallardovega... un solo tajo que le nubló los ojos.

Quién sabe en quien pensó en la hora de su muerte porque la negra Paula dice que de la boca le vió salir volando una sombra negra como un pájaro y que en el pico del pájaro llevaba colgada una jarana.

Lo cierto es que Miguel se dobló a los pies de Lázaro-patricio que limpió el tranchete en unas hojas de plátano y sin otra cosa que hacer llegó hasta el puente de los cocodrilos y tiró el violín que se fue rebotando contra las piedras. Aluego se fue a su casa y agarró por el camino real que enfila pa' Coyolillo.

Con él se llevó a María y a sus chiquillos, una maleta de ropa y un mazo de pollitos que estaba criando la mujer. En el camino por donde se fue hallaron el sombrero pero cuando lo quisieron pepenar un remolino lo remontó

por los aires hasta los cerros que le llaman de "La Laguna".

Desde entonces no hay huapangos en la zona de Córdoba.

Si alguien pasa por el puente que le dicen de "Los Lagartos", hay veces que se llega un aroma como de jazmines adoloridos y se escucha clarito como el agua canta jarabes antiguos.

Y si pone cuidao, entre los grillos del monte se puede oír el violín de Lázaro-patricio y la voz de la negra Paula diciendo su copla entre las ilamas:

Oye Lázaro Patricio
tu sombrero ya voló
por el aire va diciendo
que el huapango se acabó
y en el cruce de una copla
Miguelito se murió.

Esto es lo que vi, lo que sé...por eso en esta zona no se cantan los versos de Lázaro-patricio. Me han dicho que en algunos lugares abajeños sí los cantan, pero si los cantan, allá ellos... será porque no saben lo que dicen.